

Una fenomenología de la dignidad acompañada

Federico César Lefranc Weegan

Resumen

Si algo nos han enseñado los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI sobre la idea de una dignidad humana, es que no ha sido suficiente con invocar su prestigioso sustento kantiano para que esta idea resulte comprensiva. Kant afirma que el hombre debe ser tratado siempre a la vez como fin y no únicamente como mero medio. En una u otra forma, y en contextos distintos, esta expresión, junto con otras ideas del filósofo alemán, son invocadas en las más diversas discusiones acerca de la dignidad. Pero la crítica más importante a los postulados kantianos es que excluyó el universo de lo femenino del ámbito de la autonomía. Ello sería suficiente para cuestionar tajantemente su concepción de la dignidad humana.

Propongo aquí poner entre paréntesis lo kantiano e intentar una aproximación ya no a una definición precisa de la dignidad, sino a la demostración de la misma en el siglo XXI desde una experiencia necesariamente compartida al modo de quienes habitamos el mundo. Donde "compartida" signifique la necesaria consideración del más humilde de los seres humanos acompañándose de otros seres humanos.

Palabras clave: dignidad humana, postulados kantianos, experiencia compartida, acompañándose.

A phenomenology of accompanied dignity

Abstract

If something has taught us the last years of the twentieth century and the first of the twenty-first, about the idea of human dignity, it has not been enough to invoke its prestigious Kantian livelihood, so that this idea is comprehensive. He who affirms that man must always be treated at the same time as an end and not only as a mere means. In one way or another, and in different contexts, this expression, together with other ideas of the German philosopher, are invoked in the most diverse discussions about dignity. But the most important criticism of Kantian postulates is that it excluded the feminine universe from the scope of autonomy. That would be enough to question sharply his conception of human dignity.

I propose here to put the Kantian in brackets, and try an approach no longer to a precise definition of dignity, but to the demonstration of it, in the 21st century from an experience

necessarily shared in the way of those who inhabit the world. Where "shared" means the necessary consideration of the humblest of human beings accompanied by other human beings.

Keywords: Human dignity, Kantian postulates, shared experience, accompanying.

Que el rostro nos siga interpelando y no la ausencia

Los últimos años del siglo XX y los primeros del XXI nos han enseñado que no ha sido suficiente invocar la prestigiosa idea kantiana de una dignidad humana para que esta resulte comprensiva. Kant afirma que el hombre debe ser tratado siempre a la vez como fin y no únicamente como medio. De diversas maneras y en distintos contextos, esta expresión y otras poderosas ideas del filósofo son invocadas en las discusiones sobre el tema, pero una crítica a sus postulados, y la más importante, es la de haber excluido el universo de lo femenino del ámbito de la autonomía que sustenta a la dignidad, lo cual no se ha resuelto aún.

Propongo aquí poner entre paréntesis lo kantiano e intentar un acercamiento ya no a una definición precisa de la dignidad, sino a la demostración de la misma en el siglo XXI desde una experiencia necesariamente compartida, al modo de quienes habitamos el mundo. Donde "compartida" signifique, quizá, algo más modesto que lo universal que nos propone la filosofía referida. La idea de dignidad, ahora, tal vez no deba ser la de un ser humano pleno de majestuosidad, sino la del más humilde de los seres humanos acompañándose de otros seres humanos.

Hablemos desde las experiencias que hoy urge atender. Las de aquellas mujeres

que encarnan ahora mismo la dignidad. Sobrecoge pensar en las madres argentinas exigiendo, por años, informes sobre sus hijos desaparecidos; sobrecoge pensar en la hija de la activista hondureña asesinada que decide enarbolar la misma causa que su madre; sobrecoge la imagen de aquella madre mexicana que dedicó tres años a excavar, buscando los restos de su hijo desaparecido. Esos testimonios no caben en ningún saber.

Una primera aproximación fenomenológica a la posible experiencia de una dignidad acompañada podría intentarse a partir de Levinas, Henry, Merleau-Ponty, Singer, Maillard, Nancy, o Marion, entre otros, aunque no indistintamente.¹ Propongo recurrir a ella para aproximarnos a las experiencias referidas en las que se hace imprescindible la presencia de alguien que acompañe. Desde la fenomenología, porque desnuda, propicia que se exhiba la simulación provocada por la vacua universalización que se produce cuando no estamos en realidad ocupándonos de nadie. Dice Merleau-Ponty:

La ciencia manipula las cosas y renuncia a habitarlas. Construye modelos internos de ellas y, operando sobre esos índices o

¹ No todos ellos coinciden, no forman una corriente como quienes se asumen kantianos, pero tienen hilos conductores que se tocan.

variables las transformaciones que permite su definición, se confronta solo de lejos con el mundo actual (Merleau-Ponty, 2013, p. 17).

Dejémonos, pues, conmover por cada ser humano expuesto, absolutamente vulnerable.

Contra la orfandad espiritual

Este texto habla un poco del amor y de la carne. Del amor como expresión primigenia, como sustento de la existencia y de toda reflexión; y de la carne como su posibilidad de expresión. ¿Qué amor no se muestra en la carne?

Kant puso el acento en el conocimiento y relevó a un lugar secundario al amor, pero si algo nos enseñó el siglo XX es que no basta la noción ilustrada de dignidad humana, por eso podemos intentar situarlo nuevamente en el lugar primordial, como lo hacen las autoras y autores mencionados.

Se trata de una indagación sobre el alcance del sentido que damos hoy a la dignidad humana y de cómo este sentido está relacionado con ese amor y con esa carne que nos dan vida y nos vinculan. A ello intentaré aproximarme desde la fenomenología.

En el modo de proceder fenomenológico ya no se deduce, en el sentido matemático o lógico del término. Por otra parte, los hechos que abre la reducción fenomenológica no están ahí para sugerir o para confirmar hipótesis. Ni deducción ni inducción. Los hechos de la conciencia no conducen a ningún principio que

los explique . . . La fenomenología es una destrucción de la representación y del objeto teórico. (Levinas, 2005)

El fenómeno se muestra ante mí y, mientras me es mostrado, soy parte de él. El fenómeno se reconfigura inagotablemente, pero sólo en ocasiones alcanzo a estar atento a ello, y de lo que de esos momentos alcanzo a recuperar en mi conciencia es de lo que se nutre mi escritura.

Partiré de una primera conciencia, la conciencia de aquello que nadie merece vivir o padecer. La dignidad es aquí un supuesto presente, de donde nace la primera interpelación. Me interpelas con tu pura exposición ante mí. Soy interpelado por la mera presencia de tu carne desnuda. La dignidad toma carne, dignidad, únicamente si algo significa lo invaluable de cada ser humano, lo invaluable de su existencia, y de las redes que cobijan esa existencia en cada momento.

Interpelación de la presencia

En otro espacio, en otro momento, tengo un cargo en una institución que debe procurar justicia. Un grupo de madres y de padres se encuentra ante mí, una a una, cada persona tiene preguntas, reclamos, exigencias, todas legítimas; cada una de las personas me mira a los ojos y también a quien me acompaña. En ese momento siento hasta lo más hondo el reclamo justo, pétreo, completamente justo en la mirada y en la voz, en las palabras apenas contenidas.

Una madre me mira, y se le humedecen los ojos de impotencia, de dolor y

de enojo, por lo poco que puedo ofrecerle ante las violentas desapariciones de su hija, de su yerno y de un amigo suyo. Su mirada me duele, me duele su dolor. La escucho, y mi acompañante en ese momento, joven él, trata también de escucharla, nos damos cuenta de que no podemos dimensionar su dolor, de que no alcanzamos a comprender. No obstante, lo intentamos, buscamos atender, ofrecer algo de lo poco que la institución permite. Siento vergüenza, una vergüenza que inunda todo. Cuánto he querido saber qué hacer.

Incluso sobre esta experiencia quisiera haber guardado silencio, pues ni siquiera sé si mi incapacidad institucional, como servidor público que únicamente supo ofrecer algo mínimo, ofende todavía a quienes tenían todo el derecho de recibir mucho más.

Esas personas acuden a una institución con la esperanza de obtener ayuda, tal vez como último recurso, tal vez como único recurso. En esa institución, quienes les atienden casi nunca expresan una preocupación real por sus motivos, por sus miedos o por su sufrimiento. Silencio. Se les somete a una tediosa rutina en la que ninguna pregunta es pensada para ellas en ese momento, tan solo se llenan formularios. Solo de vez en cuando, alguien les escucha verdaderamente.

Afuera, los medios de comunicación, cada vez menos sensibles, se han venido refiriendo erróneamente a víctimas de desaparición forzada y eso únicamente nos aleja de poder entrar en contacto con esos padres o con esas madres infinitamente dolidos. Categorizar —erróneamen-

te o no—, agrupar, diluir la individualidad de la experiencia de dolor, dificulta una verdadera atención, ahora lo sé.

En otro momento, alguien que trabaja en la misma institución me dijo: "Aquí han matado a mis compañeros de trabajo, ayúdeme a cambiarme de lugar". Una vez más, no pude hacerlo, aunque con el tiempo alguien le ayudó a cambiarse, pero otras personas no tienen la misma suerte. Me doy cuenta de que estoy en una institución dolorosamente debilitada que muy poco puede ofrecer a quienes debería de servir. Frente a la conciencia de esas experiencias, hoy es mi carne misma la que reacciona, la que se sobrecoge avergonzada.

Hoy, después de algunos años de haber dejado ese trabajo, tengo la sensación de que así han sido diseñadas las instituciones burocráticas, para no acoger a nadie, ni de fuera ni de dentro.

Persistencia

Hoy sé, también, que no se ha acabado la valentía, aunque sea perseguida, acorralada, silenciada. ¿Dónde encontramos hoy la valentía? La encontramos en esas mujeres que buscan a sus hijos desaparecidos, en las que defienden el medio ambiente en las peores circunstancias, en las que ejercen la libertad de escribir, para que nos enteremos de lo atroz que en muchos espacios se ha vuelto el mundo.

En medio de todo su sufrimiento hay en esas madres, en esas hermanas, en esas hijas y en esas nietas, una persistencia. La persistencia en la vida por medio de sus búsquedas incansables, por medio de sus luchas, de sus resistencias, de sus acciones

cotidianas, de su negativa a darse por vencidas.

Para que el otro no sea un vocablo ocioso, es necesario que mi existencia no se reduzca jamás a la consciencia que de existir tengo, que envuelva también la consciencia que de ello puede tenerse, y, por ende, mi encarnación en una naturaleza y la posibilidad, cuando menos, de una situación histórica (Merleau-Ponty, M., 1994, p. 12).

Que no se pierda el rastro, que no se pierda la memoria, que no se pierda la esperanza. Que no se acabe la vida.

Lo que sé es que esos han sido los momentos que me han mostrado de qué está hecha la dignidad humana, por qué motivos hay que conservar la capacidad de indignación, por qué hay que buscar expresarla, por qué hay que aprender a guardar silencio para que hablen quienes están legitimados para hablar y, sobre todo, por qué hay que ser capaces de acompañar. No se sobrevive sin alguien.

Frente al sufrimiento que hemos causado, o que hemos permitido, debemos detener la marcha de la sociedad para exigir que se transforme, debemos contribuir a dar vida a las estructuras necesarias para fortalecer los vínculos. Basta ya entonces de afirmar después de las grandes atrocidades, o de inconmensurables tragedias, que la vida debe de seguir. No es así, la vida debe detenerse para restañar las heridas, para sanar en lo posible, y para que, cuando se reanude, estemos en posibilidades de darle un nuevo significado.

Un filósofo como Pinker ofrece diversos argumentos para evidenciar que los datos que poseemos revelan que, como humanidad, hoy estamos mejor que nunca (Martínez, 2018). Creo que no considera que el hecho de aceptar que al mismo tiempo estamos mejor comunicados que en ningún otro momento de la historia conlleva una obligación moral distinta: la de atender a alguien. No hacer caso de lo que sucede a mis semejantes es faltar a un deber elemental.

Será mejor decir que debemos en esos casos detener nuestra atención, abrazar a quien lo pida en ese momento, acompañar sabiendo que todo se está transformando. Acompañado es entonces lo contrario de vivir enajenado. La persona que se sabe acompañada no es extraña ni a sí misma ni al otro, de hecho, se desvanecería la noción de otro y aparecería la de alguien. Pero será mediante un esfuerzo sostenido de verdadera atención que permitiré que ese alguien se haga presente.

¿Sé yo cómo salir de mí mismo? ¿Estoy dispuesto a sentirme responsable de los demás? ¿Estoy dispuesto a sentirme responsable de alguien a quien no conozco? Heme aquí, absolutamente expuesto ante tu mirada, deberíamos poder decir. Apareces prodigiosamente ante mí, hete aquí. Todo mi ser se conmueve ante tu presencia.

Creo que nuestra dignidad no está completa nunca si no es con... si no es a partir de... La interpelación es previa a toda pregunta, se anticipa a la mera presencia en el mundo.

La interpelación de la ausencia

Si para quien mira desde la fenomenología, ver aparecer, es la experiencia fundamental, si precisamente buscamos suspender el juicio para aprehender aquello que se nos aparece. Y si en cada caso se nos ha mostrado alguien único, único en su singularidad deslumbrante, entonces apenas podremos dimensionar lo que significa su desaparición.

La experiencia de la desaparición hace irrumpir una nueva configuración del mundo en la que es la ausencia la que nos interpela, en el sentido en el que lo expone Romano (2012, p. 103). ¿Cómo es posible que nos interpele la ausencia?

¿Cómo es posible ser interpelados desde el vacío? Es posible, porque alguien fue recibido, porque ha sido mirado ya, porque "su presencia forma parte del presente de mi vida", diría Levinas (2001, p. 73).

Porque incluso ha cobrado significado ese aparecer específico en el que cada ser humano se muestra en su singularidad. Es posible que el vacío nos interpele, porque un lugar fue habitado, no como propiedad ni como posesión, sino como ese lugar en el que se ha vivido entrañablemente y ahora ya no hay nadie allí, porque sus habitantes han sido desplazados. El heme aquí, tan poderoso, se queda en espera de una respuesta. La noción de tiempo queda suspendida por el sufrimiento.

Estoy convencido de que es necesario hablar de la vivencia latinoamericana de la desaparición. Porque ha sido en nuestros países donde de maneras distintas, verdugos de variados orígenes, pero que

abrevaron de la misma fuente, se entrenaron para intentar sistemáticamente lo mismo: desaparecer a seres humanos que fueron identificados como sus rivales, sus enemigos o sus víctimas. Ha sido también en nuestros países donde la voluntad y la energía de muchas mujeres, acompañadas o solas, ha generado cauces inimaginables para la búsqueda y la recuperación de sus seres amados. Madres, padres, hijas e hijos, abuelas y abuelos, parejas, con un compromiso de humanidad indeclinable van dando sentido a esas búsquedas y a esas recuperaciones. Parecen asumir aquello que dijo Merleau-Ponty:

Nosotros tomamos nuestro destino en manos, nos convertimos en responsables de nuestra historia mediante la reflexión, pero también mediante una decisión en la que empeñamos nuestra vida; y en ambos casos se trata de un acto violento que se verifica ejerciéndose (1994, p. 12).

Y es que, llevados al caso, buscar incansables, exigir, resguardar restos, son actos tremendamente violentos que se oponen al vacío de las ausencias. Apenas podremos sentir que antes de cualquier hallazgo la vida entera se habría quedado en suspenso, devastada.

Porque nadie puede desaparecer una vez que ha venido a la vida, habría que preguntarnos: ¿Que aprenden o qué dejan de aprender? ¿Qué han vivido quienes han decidido desaparecer los cuerpos de sus víctimas? ¿Quién decide desaparecerlos a sabiendas de todo el dolor que con ello provoca? ¿Qué les ha llevado a aprender

algo tan atroz? ¿Qué ha tenido que aprender quien decide matar por el precio de un teléfono celular? Y desde la otra perspectiva: quienes trabajan en las instituciones que están en manos de los poderosos, ¿por qué se adaptan tan rápido a las necesidades del poder, allí dentro? ¿Quién enseña a los celadores a golpear y a torturar? ¿Qué hemos dejado de transmitir en muchos espacios para que esto suceda? ¿Y por qué desde los mismos espacios surgen quienes nos dan lecciones de entrega?

¿En qué momento nos enseñan a atribuirle valor a la vida? ¿De quién lo aprendemos?

Ya no son suficientes las explicaciones de Bauman o de Zimbardo sobre cómo se forman los victimarios o cómo se neutraliza nuestro sentido moral. En todo caso, las prácticas que describen han sido llevadas al extremo.

El sentido que hemos dado hoy a la vida, la aceleración constante, la marginación radical, la exacerbación de las estructuras patriarcales incluyendo la constante y sistemática agresión hacia lo femenino, la precarización del empleo, son condiciones que nos dificultan respetar los ritmos esenciales de la vida.

Para amar, para crecer, para disfrutarnos, para tratar de comprender, para aprender a compartir, requerimos paciencia y tiempo. Cada uno de esos procesos tiene su ritmo, pero parece que lo hemos olvidado. ¿Cuánto le lleva a un ser humano crecer, psicológica y emocionalmente? ¿Cuánto nos lleva aprender a acompañar?

Vivimos una época en que la introspección se interrumpe a cada instante, en

que la reflexión no puede durar, porque no encuentra las condiciones para ello.

Y sin momentos de introspección y de reflexión la sensibilidad se puede desarrollar tan solo superficialmente. Pasamos de un tema a otro, de una angustia a otra, sin detenernos demasiado, sin prestarnos mucha atención, haciéndonos a duras penas con lo elemental. Y con ello es más fácil dar cabida a que se instale la violencia.

En ese contexto, quien después provocará dolor primero debe intentar adormecer en su vida toda sombra de humanidad. Debe ver cómo se desvanece toda posibilidad de pedirse perdón a sí mismo, o si misma, por no haber podido elegir su vida. Debe olvidar las posibilidades de llorar por no tener una comunidad que le dé cobijo.

Son sus captores y luego serán sus capataces quienes provoquen en él o en ella la suspensión de todo juicio, como si pudiéramos hablar de una *epojé* espuria. No deben pensar, no deben sentir ni valorar, porque solo obedeciendo sobreviven.

Y no sabrán que sus captores y sus capataces empezaron siendo como ellos, o como ellas. Personas que fueron arrancadas de sus comunidades para transformarlas en victimarias. Y será muy difícil percatarse de lo que han sufrido ellas y quienes les rodean.

A pesar de todo, aprehendemos los fenómenos con todos nuestros sentidos, cabe decir que los aprehendemos con todo nuestro ser, aunque no desarrollemos una conciencia de ello.

Es por eso que debemos escuchar a esas abuelas, madres, hermanas, hijas, que

han decidido hacerse cargo. Que han aprendido a hacerse cargo sobre la marcha, que nos van dando lecciones de cómo enfrentar la atrocidad.

Porque ellas están vivas, preguntándose por la vida. Porque sus corazones les dicen que en realidad nadie desaparece.

En todo caso intuyen que un rastro ha sido ocultado, que alguien ha intentado borrarlo por todos los medios, pero que la presencia de aquella persona que buscan con enorme sufrimiento puede volver a ser develada, para que no se quede sin respuesta la interpelación que su aparición primera, que su nacimiento, hizo estallar en el mundo.

Porque en cada país nuestro hay un pendiente, en Chile, Argentina, Perú, Uruguay, Paraguay, Brasil, Colombia, Cuba, Guatemala, México, Haití, Jamaica y cualquier otro, se ha intentado desaparecer a personas, y nosotros queremos que nadie sea olvidado.

Es esperanza lo que no hemos sabido ofrecerle a esos jóvenes, algunos casi niños, que cometen aquellos actos que llamamos atroces. Que nadie sea olvidado, reitero.

Cada nacimiento es único e irrepetible, cada vida es irremplazable. Cada quien va dejando una huella propia que va modelando la memoria de quienes le tratan, pero sobre todo la memoria de quienes le aman.

Cada vida detona procesos incesantes que enriquecen las otras vidas. Procesos que no deben ser truncados nunca. En ese sentido, la desaparición o el desplazamiento son parte de un flujo incesante,

y mientras transcurren, trastornan la vida entera.

Diacronía. Treinta años después lo han encontrado, cuatro décadas más tarde celebran a la nieta recuperada, cuatro o cinco años después han podido darle sepultura a la persona buscada. Se han llevado muchos años, pero han presentado a algunos verdugos ante la justicia.

En eso consiste la persistencia en la vida.

Y faltan reflexiones acerca del horizonte en el que todo esto sucede. Nos vemos tentados a decir que estamos frente al mal, al mal radical que dibuja Kant, pero creo que estamos frente a algo más cotidiano, más banal, pero no menos atroz, como lo reveló Arendt. Y en esa cotidianidad nos enteramos a veces directamente y a veces por medio de narraciones, de la inmensa violencia que obliga a migrar, de las agresiones diarias contra las mujeres, del rechazo persistente a quien no se amolda, de las guerras de todos los días con su carga de muerte y destrucción, del abandono en que el Estado va dejando a sus ciudadanos. Y en ese contexto sería prudente reconocer que la idea de dignidad no tiene que ver tanto con una fortaleza que, individualmente nadie posee, como con la aceptación de nuestra permanente fragilidad.

Mientras, insisto, es urgente detener la marcha de nuestra sociedad y atender a alguien, a quien lo necesite, cuando lo necesite. Tender la mano, apoyar la propia, asumir que en nuestra sociedad ese apoyo que nos damos es vital.

Aclaremos algo, no busquemos los porqués de estas luchas y de estos esfuerzos sobrehumanos en la sola racionalidad, que siempre es pequeña para capturar la vida. Basta con saber que aquellas personas a quienes se busca han venido al mundo y lo han habitado, y ahora nos ha interpelado su ausencia.

Las acciones de esas mujeres que buscan incesantes, y a las que deberíamos apoyar, nos colocan frente al hecho, tan pontyano de que la vida es un misterio que no debe ser disipado.

Acaso simplemente hemos roto muchos de los complejos procesos que alimentan la empatía.

No obstante, no se trata de afirmar que todo esto tan solo sucede, no se trata de una conjunción de fuerzas que desembocan en una tragedia inexorable, no. Se trata de actos atroces que alguien comete contra la vida de un semejante y que probablemente serían evitables. Y esa es una de las cuestiones que debemos enfrentar.

En todos esos procesos no es cierto que nos bastemos a nosotros mismos o a nosotras mismas, necesitamos a alguien para soportar el dolor y necesitamos a alguien para alimentar la esperanza.

Entonces, para salir del estupor, para que el dolor no se vea transformado en una mercancía política, se vuelve vital el acompañamiento, el verdadero acompañamiento que no necesita ni siquiera alcanzar a comprender para hacerse presente.

Acompañar ayuda entonces a cada quién a no desesperar, ayuda a dar vida a los aprendizajes colectivos. Aceptemos vivir la vida en compañía, compartir la vida,

las vivencias, las alegrías, incluso dentro del sufrimiento.

Trascendemos por la huella que dejamos en quienes amamos. Quienes nos recibieron en este mundo trascienden en nosotros por el rastro que de ellos nos ha quedado, y ese rastro amoroso nos ayuda a formarnos. Trascendemos en quienes nos aman al recibir su amor y, en quienes amamos, por el rastro que nuestro amor les deja. Es acompañándonos como la huella de cada quien va creciendo y renovándose.

Cuando puedo saber que alguien se recupera del más atroz atentado, y que desde su carne renace, que vuelve a buscar el sentido de su vida; cuando escucho hablar a alguien que había perdido el habla, entonces lloro conmovido ante el descubrimiento de que, aun desde las peores condiciones, siempre es posible renacer.

Acompañar significa comer del mismo pan, cobijar el alma, ayudar a reconstruir un hogar. Nuestros oídos son carne, nuestros labios son carne, nuestras manos son carne, es desde allí que acompañamos.

Carne, que entra en contacto con otra carne, con alguien. Acompañar es reconocer que nuestra carne se dona y recibe, que se expone y que se conmueve.

A pesar de ello, el júbilo que provoca cada reencuentro es júbilo en medio del dolor. Así sucede también con quienes han debido abandonar su hogar y pueden ser acogidos en otro.

Por ello, por todos esos procesos dolorosísimos de vida que caracterizan la manera en que habitamos hoy el mundo, es que para cada ser humano es esencial

el acompañamiento. Lo es para que no nos devore la desolación que va creciendo.

No podemos anticipar todo lo que llegaremos a considerar que nadie merece vivir, sufrir o padecer, sino hasta que se nos presenta la vivencia, por eso la concepción de la dignidad será siempre inacabada. En ese sentido, difícilmente alguna historia nos enseña, difícilmente nos prepara para

las atrocidades que pueda llegar a sufrir una persona, o incluso una comunidad.

La conciencia de la dignidad de cada quien es al mismo tiempo la conciencia de que ese quien es alguien, alguien que me es imprescindible y para quien soy imprescindible.

Ahora sabemos que no se trata nunca de otro, se trata siempre de alguien.

Semblanza

Federico César Lefranc Weegan es doctor en Derecho por la Universidad Autónoma de Barcelona, Profesor Investigador de la Universidad Marista de Mérida.

Referencias

- Levinas, E. (2001). *La huella del otro*. Ciudad de México, MS: Taurus.
- Levinas, E. (2005). *Descubriendo la existencia con Husserl y Heidegger*. Madrid, ES: Síntesis.
- Martínez, J. (2018, junio 17). Steven Pinker: "Los populistas en el lado oscuro de la historia". *El País semanal*. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2018/06/07/eps/1528366679_426068.html
- Merleau-Ponty, M. (1994). *Fenomenología de la percepción*. Madrid, ES: Plantea-Agostini.
- Merleau-Ponty, M. (2013). *El ojo y el espíritu*. Madrid, ES: Trotta.
- Pinker, S. (2018). *En defensa de la ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*. Barcelona, ES: Paidós.
- Romano, C. (2012). *El acontecimiento y el mundo*. Salamanca, ES: Sígueme.